

---

## Nota del Director

La teología como “quehacer” exige al menos una doble purificación. Por un lado, reconocer los límites del conocimiento, de todo conocimiento. Es sensata, aunque desalentadora, la advertencia de Kant en *Prolegómenos sobre toda Metafísica Futura*. Pareciera que poco tenemos para decir, que es mejor callar –como enseñaba Gorgias-. Sin embargo, el hecho de convivir socialmente nos muestra la posibilidad de mediar con el lenguaje nuestras búsquedas, para darles sentido. La palabra, entonces, no es caprichosa sino reveladora. Hay, entonces, una perspectiva social del discurso que invita permanentemente a una crucifixión del solipsismo individualista. Nuestro tiempo nos impone particulares desafíos en este sentido: la crisis ecológica, la crisis de la pandemia, la crisis de fraternidad y la crisis social nos desafían en un inédito conjunto de sismos relacionados. Sin diálogo poco podremos hacer. Este número de la revista Teología nos ofrece un conjunto de textos que brotan del diálogo y la investigación del Grupo de Cultura Popular de nuestra Facultad (los textos de Nogueira, Fressia, Tatián, Podestá). En vinculación con esto adquiere particular valor la propuesta de Catalina Cerda, que articula uno de los lugares fundamentales de contemplación de la verdad de Dios para nuestro peregrinaje. No podemos encontrar a Dios sino en los lenguajes del tiempo y la historia. Son un conjunto de propuestas que alienan los caminos de encuentro.

Así mismo, el artículo de Ramos, que da cuenta del desarrollo de los conversatorios que llevó adelante en tiempos de pandemia, muestra la importancia de la “conversación” como lugar de discernimiento y develación.

Pero, además, hay una segunda purificación –al menos- que ha de tenerse en cuenta. Ella afecta específicamente al lenguaje de la Teología. Éste no puede omitir el “lenguaje” de Cristo. No debe olvidar que su ciencia no es articulada desde otra verdad que no haya visto en el Padre. Tampoco debe olvidar que esa verdad es para los humildes y sencillos. Ellos son entonces, también, lugares del Padre. Esta verdad no obtiene certeza del equilibrio especulativo, sino de su profundidad testimonial. El texto de Carlos Galli nos ayudará a despertar en estos sentidos.

Completan nuestro número un homenaje al padre Rivas, a quien hace poco tiempo hemos despedido con tristeza y un informe de investigación del Instituto de Investigaciones de nuestra Facultad. Finalmente, dos sabrosas recensiones que permitirán afinar mejor el tono de los desafíos.